

Víctor Mejía

Proyecto. Objeto. Narrativa Pensar. Hacer. Decir arquitectura

Cuando nos disponemos a ver una película o a leer un libro asumimos que estos nos contarán algo. Existe, pues, una carga inherentemente narrativa en el cine y la literatura. En el caso de la amplia variedad de formatos y técnicas del arte contemporáneo, el término *narración* podría tomar la forma de *representación, comunicación o cuestionamiento*. Con la arquitectura, en cambio, al intentar definir su carácter narrativo el panorama se hace más complejo, pues, «en apariencia, los objetos arquitectónicos no comunican (o al menos no han sido concebidos para comunicar), sino que funcionan» (Eco 1994: 280). En este sentido, podríamos identificar, en la arquitectura, una funcionalidad utilitaria —que responde a un programa de usos— y una funcionalidad narrativa —que genera discursos en torno al objeto—. Nos compete ahora atender a la segunda, a su función de narración.

En el texto *Story-Time* (1995), Mark Wigley aborda las formas discursivas que acompañan a la arquitectura, no solo en cuanto a tipos de contenidos sino también en torno a cómo se generan y se relacionan con el objeto arquitectónico. La atención no está solo en «qué» se dice, sino, sobre todo, en «cómo» se dice. Así, al asumir que la narrativa es parte de la arquitectura, cabe preguntarse qué rol cumple en ella y con qué otros elementos convive. Uno de ellos es el proyecto, momento primigenio que puede incluir la gráfica, el análisis y las ideas. El proyecto *piensa* arquitectura. Seguidamente, el objeto, el edificio construido, nos remite a la forma, el espacio y la función. El objeto *hace* arquitectura. Ya en cuanto a la narrativa, la podemos identificar en los discursos, las ideas y la teoría. La narrativa *dice* arquitectura. Pero no son estos los únicos elementos, además de proyecto, objeto y narrativa, están también la ciudad (sociedad, ciudadanía, espacio público), la historia (tiempo, evolución, continuidad y ruptura), entre otros.

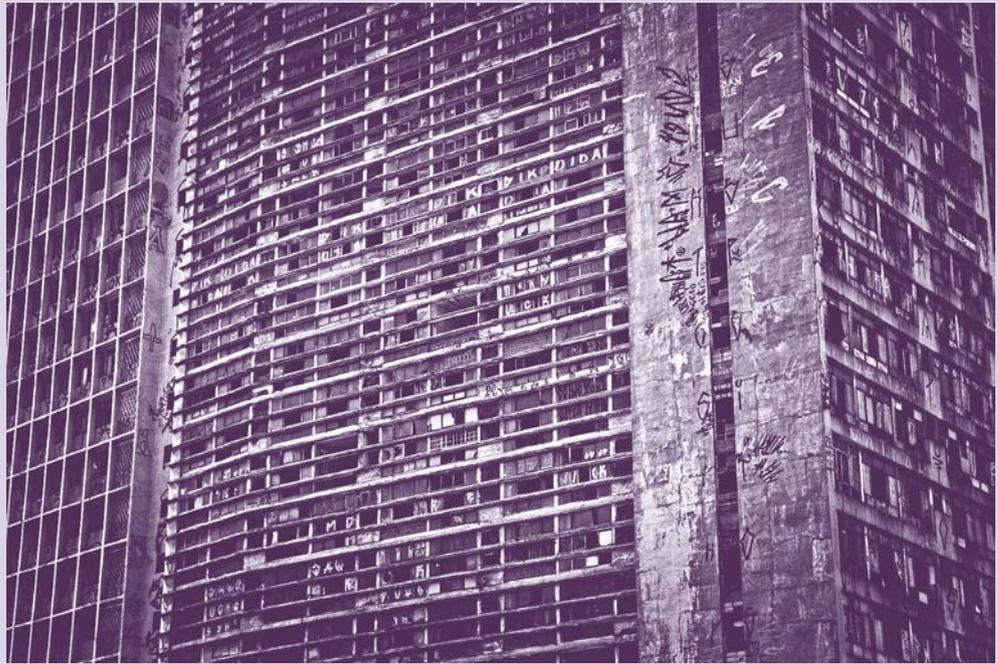
Como sostiene Wigley, al pensar en la narrativa de la arquitectura podemos considerar que los edificios hablan; sin embargo, no siempre dicen lo mismo. A partir de una visión histórica, una de las riquezas de la arquitectura como artefacto cultural radica en que sus significados varían a lo largo del tiempo; no son inmutables. Ya desde el presente, el carácter permeable de los procesos de comunicación sugiere que las narrativas de los edificios «parlantes» —y de los silenciosos—, generadas desde la erudición —o la banalidad— del ámbito disciplinar, pueden generar múltiples significados en el público especializado, y también en el no especializado. En este último caso, el de los grupos sociales amplios, los

discursos son calificados como «imaginario colectivo», «espíritu de la época» o «saber popular». Asimismo, si afirmamos que los arquitectos hacen hablar a los edificios, cabe pensar en toda aquella producción que no ha sido hecha por arquitectos; en el Perú, más del 70%.

El arquitecto es autor no solo de un edificio; lo es, también, de un discurso. O al menos de un primer relato con cierto grado de «oficialidad». Luego de este, el autor pierde el «control» sobre su obra. Así, entonces, es válido pensar en cómo llega la arquitectura a *los demás*. ¿Como una experiencia vívida y perceptual? En la mayoría de casos, no. Si bien la obra se desarrolla mediante espacios, formas y materiales —el lenguaje de la arquitectura, digamos—, y si bien el arquitecto desearía que su obra fuese leída así, muchas veces en la práctica la experiencia se reduce a la imagen. La arquitectura llega a nosotros, las más de las veces, a través de las fotos que vemos en una revista, navegando en la red o quizás, en un mejor panorama, como fotos y planimetría de representación gráfica. Cabría entonces, desde la semiótica, una apreciación de la imagen arquitectónica. Retomando el concepto de «significante flotante» de Claude Lévi-Strauss, la arquitectura estaría ahí incluida.

«Como sostiene Wigley, al pensar en la narrativa de la arquitectura podemos considerar que los edificios hablan; sin embargo, no siempre dicen lo mismo. A partir de una visión histórica, una de las riquezas de la arquitectura como artefacto cultural radica en que sus significados varían a lo largo del tiempo; no son inmutables».

→ El emblemático edificio São Vito (1959), en São Paulo (Brasil), minutos antes de su demolición el año 2011. Conocido como «Treme-Treme», fue la favela vertical más grande de la ciudad. Su devenir fue un palimpsesto crítico que alimentó narrativas arquitectónicas, sociales y culturales. Fotografía: Gihan Tubbeh. De la serie Vértigo (2014).



El significante flotante no tiene un sentido único, sino que, por el contrario, posee muchos. Mientras menos correspondencia exista entre la arquitectura y una definición única, más amplio será el espacio para la narrativa en torno a los edificios.

Asimismo, Wigley sugiere una reflexión en torno a cierta «condición precultural y prediscursiva del objeto construido», un relato que antecedería a las narrativas estructuradas. ¿Puede un edificio preceder a la cultura? ¿Puede alguna creación humana precederla? Este cuestionamiento es recurrente en diversas disciplinas. Las búsquedas del arte abstracto a inicios del siglo XX se orientaron hacia un grado cero del arte, sin referencias ni representación, si bien esa postura acultural generaría inherentemente obras culturalmente motivadas. Por otro lado, en el análisis semiótico de la imagen, el significante —la imagen denotada, objetiva, universal— resulta utópico como elemento autónomo, pero es identificable como aquello que queda cuando retiramos el significado —la imagen connotada, plena de referencias culturales— (Barthes 1992: 38). Desde el enfoque iconológico desarrollado por Aby Warburg y Erwin Panofsky, aquel momento acultural sería el nivel preiconográfico, si bien este es indesligable de las consideraciones iconográficas (culturalmente construidas) e iconológicas (propias del significado y el sentido).

Según Wigley, «los arquitectos están entrenados para contar relatos», facultad aprendida en el ámbito académico. Hoy más que nunca, la academia, las universidades, las facultades de arquitectura siguen siendo espacios reservados para hablar de arquitectura, para pensarla, discutirla, decirla. En cualquier grupo de amigos se suele conversar de libros y películas —aquellos que, asumimos, siempre nos contarán algo—; es mucho menos común que en la reunión amical se hable de edificios, salvo que el grupo sea de arquitectos. La narrativa de los arquitectos pocas veces se ocupa de la condición misma del objeto, es decir, de la reflexión teórica.

Como dice Wigley, la mayoría suelen ser «pequeños relatos que intercambiamos, una especie de chismoreo intelectual, académico y profesional». Es labor de los arquitectos —y no solo de los teóricos— apuntalar un abordaje serio de la teoría y las narrativas de la arquitectura. Estas son una forma de identificarnos, agruparnos o diferenciarnos disciplinarmente, una manera de reconocernos como arquitectos.

Bibliografía

- Barthes, Roland (1992) [1964]. «Retórica de la imagen», en *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos y voces*. Barcelona: Paidós.
- Eco, Umberto (1994). *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*. Quinta edición. Barcelona: Lumen.